

Vosotros sois testigos de esto

La **clave de la Palabra** hoy nos la da el Evangelio: *«Así está escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día, y en su nombre se predicará la conversión para el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén. Vosotros sois testigos de esto.»*

Esta Palabra anuncia el **cumplimiento de la promesa**: Dios es fiel. Y **anuncia la llamada a una misión**: la Iglesia existe para evangelizar, para anunciar esta buena noticia.

Para ello, hay que comenzar por aceptar el regalo de la salvación. **La salvación es un don gratuito de Dios, pero tú eres libre para aceptar o rechazar este regalo**: *Dios que te creó sin ti, no te salvará sin ti* (San Agustín).

Y **esta aceptación se realiza mediante el arrepentimiento y la conversión**.

De ahí las palabras del apóstol san Juan, en la segunda lectura: *«En esto sabemos que lo conocemos: en que guardamos sus mandamientos. Quien dice: «Yo lo conozco», y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso, y la verdad no está en él»*. Estas palabras son una **exhortación a evitar vivir instalados en el pecado**.

Pero también **una invitación a, que, en medio de la debilidad, nos acerquemos a Jesucristo**: *«tenemos a uno que abogue ante el Padre: a Je-*

sucristo, el Justo», que permanece para siempre como intercesor nuestro ante el Padre.

Humildad y obediencia son dos actitudes que caracterizan al discípulo de Cristo y **le preparan para acoger al Espíritu Santo** que irá realizando la obra de la santificación y la de la evangelización.

Además, el Evangelio nos muestra que **ser discípulo no es una teoría, sino una vida**. Los discípulos habían recibido ya el testimonio de Pedro, pero **necesitaban la experiencia del encuentro con Jesucristo resucitado**, la experiencia de que Jesucristo vive.

Aunque el testimonio que recibimos de otros es necesario, no podemos vivir de renta, **necesitamos tener un encuentro personal con el Señor**, experimentar que no estamos solos, que Él está con nosotros todos los días hasta el final de los tiempos, experimentar que su palabra tiene vida eterna.

Y entonces, el Señor les envía – nos envía– como testigos a predicar la conversión y el perdón de los pecados.

Y esta misión, no por cuenta propia, sino en el poder Jesús con la fuerza del Espíritu Santo: sólo en el nombre de Jesús pueden realizar prodigios y, sobre todo, exhortar con autoridad al arrepentimiento y a la con-

versión para que sean borrados sus pecados.

El Señor te invita a ***ser testigo de esta buena noticia*** en medio de esta generación.

Y, ***hoy te invita a confiar y a descansar en el Señor***. Lo hemos cantado en el Salmo: *en paz me acuesto y en seguida me duermo, porque tú*

solo, Señor, me haces vivir tranquilo
Será este también un signo de que has tenido un encuentro personal con el Señor, vives su presencia y dejas actuar al Espíritu Santo.

¡Ven Espíritu Santo! (cf. *Lc 11, 13*).

¡Feliz Domingo! ¡Feliz Eucaristía!

Para ayudarte a rezar

¿Cuál es tu actitud ante la Palabra de Dios y la Eucaristía? ¿Cómo puedes mejorarla?

La Palabra del Señor, luz para cada día

1ª lectura: Hechos 3, 13-15. 17-19.

Matasteis al autor de la vida, pero Dios lo resucitó de entre los muertos.

A partir de la admiración que ha provocado el milagro, **Pedro proclama la Resurrección de Jesús y su papel en la salvación de los hombres**. Los que reciben con asombro los hechos de Dios son invitados por la palabra del Apóstol a descubrir el sentido de lo que está sucediendo. No basta “saber” para salir de la ignorancia: es necesario cambiar de actitud. **Destaca la necesidad y urgencia de la conversión para acoger la oferta de salvación**, cumpliendo así el plan de Dios. Aceptar que el paralítico ha sido curado en nombre de Jesús, es aceptar que el resucitado es el Dios de la vida, actúa en la vida y transforma nuestra existencia por el perdón que sigue al arrepentimiento.

Salmo 4, 2. 4. 7. 9. ***Haz brillar sobre nosotros el resplandor de tu rostro.***

Este salmo es una bella oración que **nos invita a confiar en Dios, a pesar de las dificultades**. El salmista ha experimentado el amor de Dios en profundidad: el Señor le dio anchura en el aprieto. Puede, entonces, resistir ante sus enemigos y animar a sus amigos. **El Señor resucitado es el más firme apoyo de la fe y de la esperanza de la Iglesia**. Si recibimos la luz del rostro de Dios experimentamos alegría y paz. Al llegar la noche acogemos con confianza el sueño, muerte aparente e imagen de nuestra vida escondida con Cristo en Dios.

2ª lectura: 1 Juan 2, 1-5a.

Él es víctima de propiciación por nuestros pecados y por los del mundo entero.

Contra los autosuficientes, Juan ha declarado la universalidad del pecado como experiencia personal de cada hombre. Pero si hay pecado, existe también el perdón, porque tenemos un abogado ante el Padre: Jesucristo. Vivir en la luz supone reconocer que somos esclavos y pecadores. **Saberse pecador y pedir perdón es encaminarse hacia la comunión con Dios**. El conocimiento de Dios es palabrería vana si no se dan dos condiciones: la aceptación de Jesús como el enviado de Dios y la conducta ética-moral derivada y exigida por la acción salvadora de Dios.

Puedes leer *Juan* 14, 14-18.

Evangelio: Lucas 24, 35-48.

Así estaba escrito: el Mesías padecerá y resucitará de entre los muertos al tercer día.

Esta es una preciosa catequesis para que aprendamos que **el Señor vive y está presente entre nosotros**. Los discípulos habían recibido ya el testimonio de Pedro, pero necesitan la experiencia personal del *encuentro* con Jesús resucitado. **Esta experiencia personal es el fundamento de la fe de los creyentes de todos los tiempos**, aunque el testimonio de otros sea indispensable. **Jesús** les descubre el sentido profundo de la Escritura y **les envía como testigos a predicar la conversión y el perdón de los pecados**. Para esta tarea cuentan con la ayuda y fuerza del Espíritu.

Puedes leer *Hechos* 1, 7-8.

Lunes 15	Hch 6,8-15. No lograban hacer frente a la sabiduría y al espíritu con que hablaba. Sal 118. Dichoso el que camina en la voluntad del Señor. Jn 6,22-29. Trabajad no por el alimento que perece sino por el alimento que perdura para la vida eterna Reza por los niños que van a recibir la Primera Comunión
Martes 16	Hch 7, 51-8, 1 Señor, no les tomes en cuenta este pecado. Sal 30, 3-8.17.21 A tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu. Jn 6, 30-35 Mi Padre os da el pan del cielo. Haz oración ante el Señor, en la Iglesia
Miércoles 17	Hch 8, 1b-8. Al ir de un lugar para otro, iban difundiendo el Evangelio. Sal 65. Aclamad al Señor, tierra entera. Jn 6, 35-40. Esta es la voluntad del Padre: que todo el que ve al Hijo tenga vida eterna. Reza por la nueva evangelización
Jueves 18	Hch 8, 26-40 Siguió su viaje lleno de alegría. Sal 65, 8-9.16-17.20 Aclama al Señor, tierra entera. Jn 6, 44-51 Yo soy el pan de vida bajado el cielo. Reza por los que rechazan la Eucaristía.
Viernes 19	Hch 9, 1-20 Es un instrumento elegido por mí para dar a conocer mi nombre a los pueblos. Sal 116 Id al mundo entero y proclamad el Evangelio. Jn 6, 52-59 Mi Carne es verdadera comida y mi Sangre es verdadera bebida. Dale gracias a Dios por todos <i>los que te ayudan</i> .
Sábado 20	Hch 9, 31-42 Se iba construyendo la Iglesia y se multiplicaba el consuelo del Espíritu Santo. Sal 115 ¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho? Jn 6, 60-69 ¿A quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna.
Domingo 21 4º de PAS- CUA	Hch 4, 8-12 Jesús es la piedra que desechasteis vosotros. Sal 117, 8-9.21-3.26.28-39 La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. 1 Jn 3, 1-2 Somos hijos de Dios.

Testigos del Señor: Beata María Gabriella Sagheddu

Nació en Dorgali, una localidad de la isla italiana de Cerdeña, el 17 de marzo de 1914. Su padre era pastor. Fue la quinta de ocho hermanos. Era una persona idealista y activa que no se detenía ante nada cuando estaba convencida de la grandeza de algo. Y aunque en su infancia y adolescencia dio muestras de terquedad, siempre terminaba imponiéndose su bondad. En esta época en la que rondaba los 6 años de vida había perdido a su hermano mayor y a su padre, todo lo cual influía en el hogar.

Dio un giro radical a su comportamiento cuando tenía 18 años, tras fallecer una hermana tres años menor. Al sufrir esta pérdida se comprometió con la Acción Católica, se hizo catequista y comenzó a acudir a misa recibiendo la comunión diariamente. A los 20 años eligió el cister de Grottaferrata, vía sugerida por su confesor, para entregar por completo su vida a Cristo. Conmovida por la misericordia divina que le había trazado ese camino, exclamaba: «¡qué bueno es el Señor!». La gratitud fue una de las virtudes que la adornaron.

Ingresó en la Trapa en septiembre de 1935. Confiada a la voluntad de Dios, vivía desasida de sí misma, sabiéndose guiada por Él. Condensaba este sentimiento haciendo notar: «*ahora actúa Tú*». Es lo que brotó de lo más íntimo de su ser cuando le sobrevino la idea de que podría quedar fuera del noviciado. Era servicial, dócil, noble. No le costaba aceptar sus defectos y pedía perdón sin ampararse en justificación alguna. Solía rezar el rosario que llevaba entre sus dedos en muchos instantes

del día. Discreta y abnegada, buscaba el ejercicio de labores ingratas con sumo gozo. A veces le asaltaba un sentimiento de incapacidad, pero la obediencia le ayudaba a progresar en la virtud y a no dejarse llevar por el desánimo.

En ese tiempo, el abad padre Couturier impulsaba un movimiento ecuménico, y encomendó a la abadesa María Pía Gullini celebrar ocho días de oración por la unidad de los cristianos. Cuando María Gabriela emitió los votos, los ofreció por la misma intención, al igual que hizo el 25 de enero de 1938, tres meses después de haber profesado, justo en la semana dedicada al octavario. Yendo más lejos, ofreció su propia vida: «*Siento que el Señor me lo pide* –confió a la madre Gullini– *me siento impulsada incluso cuando no quiero pensar en ello*». La abadesa no se manifestó en ese momento. Le sugirió que hablase con el capellán. Lo que él dijera sería lo que Dios quería para ella. La respuesta del sacerdote fue afirmativa, y Dios tomó la palabra a la beata. Después de haberse entregado en holocausto, repentinamente se sintió débil y agotada, y se le diagnosticó tuberculosis.

Hospitalizada, le dijo a la madre abadesa: «*El Señor me tiene sobre la cruz y yo no tengo más consolación que la de saber que sufro por cumplir la voluntad divina con espíritu de obediencia*». Durante quince meses soportó heroicamente sus padecimientos hasta que el 23 de abril de 1939 falleció en Grottaferrata. Tenía 25 años, y había permanecido en la vida monástica tres años y medio. Juan Pablo II la beatificó el 25 de enero de 1983.